



Título de la obra:
Miradas
Autor:
David Londoño Mesa
Técnica:
Grafito y lápices de color
Año:
2020



*MAG. CLAUDIA
RESTREPO MONTOYA
rectoria@eafit.edu.co

MEDELLÍN. OCTUBRE DE 2021
ESCRITOS EN PANDEMIA



.....
* Rectora de la Universidad EAFIT, administradora de negocios y especialista en Estudios Políticos con énfasis en geopolítica de EAFIT. Magíster en Estudios Avanzados de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid y cursa un doctorado en Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana



El barro (i)

... “Los alfareros, como los amantes, vencen la resistencia de la tierra amada, y sacan de ella el hijo de sus sueños...”

Carlos Castro Saavedra. Alfareros, fragmento.
Elogio de los oficios.

Mis manos en el barro juegan a dar forma a un objeto. No sé aún en qué convertiré este material húmedo, suave y gris que amaso. Llevo varios días sin salir de casa, sin ver la ciudad, a esa Medellín que me habita aún sin caminarla, mirarla o respirar su aire —libre de contaminación por primera vez en décadas— que, dicen, “lleva el virus”, ese que hoy me confina, el que detuvo autos, industrias, negocios, personas, tiendas de esquina, grandes mercados, universidades, congresos, bancos, carretilleros, maestros, vendedores de frutas o dulces. El que “detuvo al mundo”.

En el computador, al que ahora me conecto doce, trece, quince horas por día, veo recuadros con rostros que antes tenían cuerpos, olores, sonrisas desprevenidas. Pasan frente al aparato la mañana, la tarde, la noche, pero no la incertidumbre, esa emoción que por esos días atraviesa a tantos, a muchos ¿a todos? y que es una clara manifestación de que el mundo en que vivimos hoy está conectado. Lo sucedido en una ciudad remota de la China, Wuhan, de cuya existencia muchos supimos por el virus del covid-19, del que hoy todos hablan y que nadie comprende, tiene que ver conmigo, con mi vecino, con mi madre (a quien, luego descubriré, solo la abrazaré meses después), con mis amigos, con médicos y hospitales atestados de personas enfermas y sin respiradores artificiales suficientes, con los científicos que buscan com-

prender la enfermedad, encontrar vacunas... la ciencia, una de las más bellas expresiones de una ruta trazada por las preguntas y el pensamiento crítico, una guía en tiempos de oscuridad.

-Otra pandemia-

Hay territorios o personas que conocemos cuando el dolor les atraviesa. De la existencia de Medellín, por ejemplo, supo el mundo por el terror y la violencia. Mis padres habían llegado a esta ciudad en 1960 desplazados del campo, huyendo de la guerra, esa que se reinventa continuamente en Colombia, y que en esos tiempos se disfrazaba de partidos políticos, injusticias, matanzas y polarizaciones. Vinieron, como muchos que llegaron a las urbes, detrás de la promesa de las oportunidades y de la paz, pero, como la enfermedad endémica que parece ser el conflicto para Colombia, el miedo volvió a tocar sus puertas en los años 90. Para ese tiempo yo tenía 15 años, se había decretado un toque de queda en toda la ciudad: sobre quienes estuvieran por fuera de sus casas después de las nueve de la noche, recaía una sentencia de muerte declarada por el Cartel de Medellín, en cabeza del narcotraficante Pablo Escobar Gaviria.



Aunque la vida no cabe en las cifras, estas la reducen con frecuencia a fríos datos de computador, nos dan una radiografía: para 1991, el período más violento en la historia de Medellín, la ciudad contó 7.273 asesinatos, en su mayoría los muertos eran hombres jóvenes entre los 15 y los 22 años.

Allí conocimos, por lo menos los de mi generación, el miedo a salir a las calles, el ahogo de estar encerrados en plena juventud, la tristeza de ver a unos amigos morir, a otros huir y a algunos más seducidos por el “dinero fácil”. Aprendimos una nueva jerga de la guerra: sicarios, narcos, lavaperros. Vimos y vivimos la muerte y el encierro. Jóvenes matando a jóvenes, el eterno sinsentido de las guerras.

Vivíamos una peste que nos hacía sucumbir ante el dolor y la desesperanza. Una peste que nos arrebató la vida de tantas, de muchas, de demasiadas personas. Pero, pese al dolor que nos asfixiaba, moldeamos con manos, ganas, conocimientos y confianza otras formas posibles: buscamos alternativas a una pandemia, la de la violencia, que nos obligaba a vivir con la incertidumbre arraigada adentro, muy adentro, en medio del pecho.

Construimos futuro juntos, de la mano del poder transformador de la educación, del trabajo compartido, del tejido de conversaciones y complicidades, creamos nuevas oportunidades para quitarle jóvenes a la guerra. Aprendimos —aún seguimos haciéndolo— que la confianza es frágil, que hay que cuidar lo construido, que un proyecto nunca finaliza, que el ejercicio de la creación no termina y que allí habita siempre la gran belleza del arte y de la vida.

-El barro (ii)-

... “Naciente alfarería fueron las huellas de los pies y de los cascos en el polvo de los caminos, los huecos que dejaban en la tierra mojada, las rodillas que se hincaban para rezar, las figuras que formaba el agua de los ríos crecidos, al golpearse contra los barrancos y los montes. Incipiente presencia de los vasos de barro, que más tarde albergarían el vino y serían besados por millones de seres, fueron los cráteres de los volcanes, que se veían desde lejos, rojizos y paganos...”

Carlos Castro Saavedra. Alfareros, fragmento.
Elogio de los oficios.

Muevo el barro entre mis manos para sacar el aire atrapado en él, para quitar el exceso de agua. Siento desde ya la hermosa fragilidad del cuenco en el que espero convertir este pedazo de tierra. Tengo confianza en que esta vez sabré centrar la arcilla y moldear el elemento, en que el calor del horno no la partirá en pedazos.

Es mayo de 2020 y en mi teléfono móvil, siempre saturado de mensajes por contestar —no soy buena en eso—, veo imágenes de ciudades sin gente y a cuyos dominios parece regresar una naturaleza oprimida. Pasan frente a mis ojos fotografías de New York, Madrid, París, Bogotá, Villavicencio, Medellín, Londres, Hong Kong, sin gente en las calles, en las escuelas o en los parques. Lo que consideraba un futuro lejano y distópico se atraviesa ante mis ojos... el cambio de época, de tiempo, está sucediendo y la pandemia generada por el covid-19 me trae las imágenes.

Mi universo, privilegiado cuando pienso en cómo la están pasando otros, se ha reducido, he vuelto a sentir el encierro, un encierro del

que solo tenía memoria de mi juventud. La memoria de que algo afuera, más poderoso que yo, que mis cercanos, vuelve como una sentencia, un mandato, a mi existencia y la de muchos. Las noticias, la información que nos bombardean fuentes fiables y no fiables, me abruma. No sé muy bien en qué creer, a qué aferrarme en días en los que las interacciones —esas que siempre he sabido necesarias— representan peligros y en las que lo desconocido debe evitarse a toda costa.

Pero, como siempre, la cultura salva, confío en eso que nos hace humanos, en la capacidad de reinventar el encuentro, la interacción y la conversación (en el hacer el verso con otro), en la capacidad de crear ficciones y realidades comunes con otros. Un reto mayor presiento para nuestra anhelada salida a la calle, para nuestra vuelta a la ciudad: tejer confianza, tejer encuentros, imaginar. No será fácil, el miedo parece dominarnos. ¿A qué aferrarse?



-Un futuro a modelar-

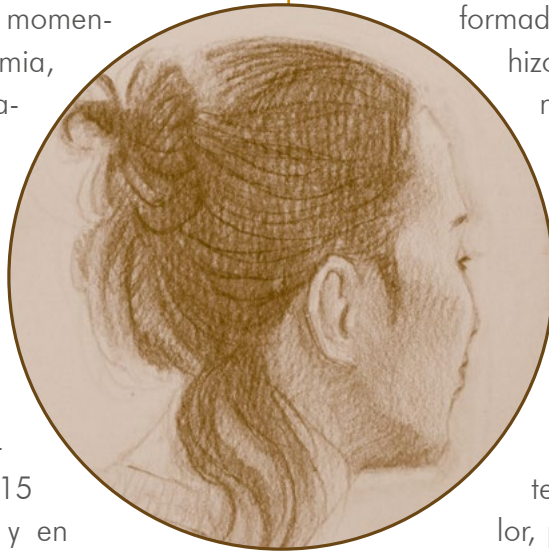
Ya llegaron los tiempos de la pospandemia o, por lo menos, días en los que la pandemia se denominará endemia, como un proceso viral estacionario. Pronto, acudiremos por el bien común a la vacunación regular y regulada. Nuestros hábitos tendrán que cambiar para poder recrear la vida, una que, ante la fuerza de los acontecimientos, quedó al desnudo con profundas grietas a la vista.

Es octubre de 2021 y sigo frente al computador. Aunque ya pasaron los días de encierro, hay cosas que llegaron para quedarse, entre estas, algunas horas de más frente a pantallas, nuevas palabras en el léxico (como “híbrido”) y, sobre todo, un mundo nuevo por imaginar y construir.

Hoy, más que nunca, trato de comprender por qué el futuro de la humanidad está en riesgo. Nuestros modelos de desarrollo, sistemas de pensamiento y formas de orden nos han llevado a explotar, usar y consumir los recursos de las generaciones futuras. Y esto sin siquiera haber resuelto el problema de la pobreza y la inequidad en las generaciones presentes.

Los datos son abrumadores. La encuesta Pulso Social del DANE para febrero de 2021 reveló que 1,6 millones de familias pasaron de tres a dos comidas al día. Según el Banco Mundial estamos ante una crisis educativa sin precedentes debido al cierre masivo de escuelas que, para febrero de este 2021, representaba alrededor de 120 millones de niños en edad escolar que habían perdido o corrían el riesgo de perder un año completo de educación.

A pesar de que en algún momento creímos que la pandemia, el encierro de todos, le daría un respiro a la Tierra y que “saldríamos mejores”, las desconcertantes cifras ambientales continúan: de acuerdo con datos de Minambiente, el área deforestada en Colombia en 2020 fue de 171.685 hectáreas, equivalentes a unas 15 veces la Medellín urbana; y en 2020 solo el 2.5 % del gasto global total tuvo características verdes positivas, según el Programa Ambiental de las Naciones Unidas (UNEP).



Estos datos, entre muchos, solo señalan una devastadora realidad que compromete nuestro destino como humanidad.

Apenas empiezo a preguntarme por las consecuencias de las acciones y las decisiones recientes de las personas y ya me siento pequeña e insignificante ante un flujo aparentemente imparable de autodestrucción. En muchos lugares se programan conferencias y conversaciones con llamados a la reactivación de la educación, de la economía, de los encuentros, de la vida. Luego... no podemos pensar solo en términos de reactivación, pues esto significa focalizar esfuerzos para que todo vuelva a estar como estaba. No se trata de regresar a donde estábamos, hay que cambiar: aprovechar este acontecimiento para volver a pensar en quiénes somos y en el proyecto futuro de la humanidad.

La peste negra fue uno de los grandes desencadenantes del Renacimiento, un factor trans-

formador. La cercanía con la muerte hizo que la gente vislumbrara un nuevo futuro, creó una revolución. ¿Qué resultará de esta nueva pandemia?

Me imagino como artesana. Me siento ante la arcilla, una que asumo como representación de lo que nos ha dejado el covid-19: un material bruto, seco, lleno de dolor, pero también de oportunidad; un elemento listo para ser preparado, amasado, modelado y convertido en una nueva pieza. Yo, cada uno, nosotros, somos alfareros, a quienes nos toca alistar la arcilla, imaginar y crear una obra.

No pienso más como lo hacía uno o dos años atrás y no quiero hacerlo nunca más. Me esfuerzo por no hacerlo. Las preguntas cambiaron y debemos estar a la altura de las reflexiones de los nuevos tiempos. ¿El camino que estamos recorriendo y las decisiones que estamos tomando son las que necesita la humanidad? ¿Llegó el momento tan esperado para la transformación de la educación? ¿No deberíamos, acaso, preguntarnos sobre un necesario cambio de modelo económico y social, más que sobre la “reactivación económica” de las ciudades en la pospandemia? Con esta enfermedad, con este virus, se hicieron visibles diversos males, todos tejidos con anterioridad, como el malestar social y político, la agudización de la polarización, algo de desesperanza y mucho de desconfianza.

La respuesta a esas y otras inquietudes hoy, es: necesitamos abrir un nuevo camino y ese nuevo transitar permea la educación.

-La universidad-

A comienzos de 2021, en medio de las incertidumbres por el futuro —y por el presente mismo— llegué a la rectoría de EAFIT. Recuerdo un momento, una frase que dirigí a los estudiantes: “La Universidad no volverá a ser la de siempre”, dije durante la ceremonia de posesión de las juntas directivas de los grupos estudiantiles. En los rostros de los jóvenes con tapabocas vi miradas de miedo y de escozor ante mi afirmación. Era lógico, lo que más ansiábamos todos, profesores y estudiantes, era el regreso al campus, a las conversaciones, a los encuentros espontáneos y a la experiencia universitaria que es el encuentro cotidiano, el acontecer frenético, pausado, retador, lleno también de azar que teje la vida en la Universidad.

Somos humanos. Nuestro afán nostálgico y de memoria anhela la tradición a pesar de todo, quiere que las cosas vuelvan “a su lugar”, como si alguna vez hubiera existido ese escenario inmutable y desee profundamente que las cosas no cambien, pero todo muta, es inevitable, y el covid-19 así lo pone de presente.

Me pregunto ahora, justo cuando este tiempo de suspensión de lo que conocimos parece tan cerca de terminar, ¿qué fue lo que aprendimos del confinamiento, de las pérdidas de seres cercanos y lejanos, del miedo y la desnudez ante

nuestra precariedad y vulnerabilidad? ¿Cómo pensar en lo que viene, en lo que nos sigue haciendo falta?

Nos queda la gran responsabilidad de hacernos a nuestra mayor capacidad de aprendizaje para poder crear nuevas realidades y no dejarnos aplastar por las circunstancias. Escribió Edgar Morin en su libro *Cambiamos de vía, lecciones de la pandemia*: “Y es inevitable hacernos la pregunta que no figura en nuestros programas educativos y que nos afecta a todos: ¿qué es ser humano?” (2020).

Es tiempo de preguntarnos, por ejemplo, por el aprendizaje ante la incertidumbre, por el cómo vivimos, por nuestra relación con la muerte, por la condición humana y la comprensión de lo que es la civilización.

“
Las preguntas
cambiaron
y debemos
estar a la
altura
de las reflexiones
de los nuevos
tiempos.
”

El mismo Morin afirma: “La crisis en una sociedad desencadena dos procesos contradictorios. El primero estimula la imaginación y la creatividad en la búsqueda de soluciones nuevas. El segundo puede traducirse en el intento de volver a una estabilidad anterior o en apuntarse a una salvación providencial” (2020, p.XX). Y nuestro mayor deber como Universidad es ser parte del primer proceso, de ese que provoca transformaciones.

Por eso, la mejor forma de hacer memoria del tiempo que hemos vivido es recoger nuestros principales aprendizajes y

destacar las capacidades que son preponderantes para estos nuevos días, redescubrir el sentido de la humanidad.

Una **universidad resiliente**, rápida y flexible para recibir el cambio de los tiempos y continuar garantizando los objetivos de aprendizaje, que cuida cada detalle para cumplir con su propósito y misión, a la vez que hace los ajustes de la mano con sus estudiantes, sus profesores, sus investigadores y sus colaboradores para garantizar la pertinencia, la sostenibilidad y el buen curso de nuestra tarea educativa. También se adapta para actuar ante la realidad, capacidad tan necesaria para la formación.

Una **universidad cuidadora** con cada uno de nosotros, tomando la temperatura permanente a nuestro bienestar corporal, mental, emocional y espiritual. El cuidado es un principio rector y comprendemos con la piel la oportunidad que tenemos con nuestra interdisciplinariedad de atender los retos que exige el presente en materias de salud, ciencia, información y ecología. Así, nuestro conocimiento está al servicio del cuidado propio y de la humanidad, y afloran nuevas capacidades para ello. Una universidad que abraza a su comunidad y la cuida en todas sus dimensiones y una institución investigadora e innovadora que, con diferentes proyectos científicos y sociales, le pone la mano en el hombro a la sociedad en uno de los momentos más complejos de las últimas décadas.

Una **universidad disruptiva**, donde los protagonistas son la reinención y la imaginación, en una educación híbrida y con nuevos modelos de aprendizaje. La conexión entre tecnología y experiencia. La efectividad de la educación en escenarios digitales dispuesta para resolver muchos asuntos que no requieren de la presencia-

lidad, devolviéndole al aula la reivindicación de la conversación, el cuerpo, y el taller para el acto educativo. Somos flexibles en contenidos y método.

Una **universidad experiencial** en la que comprendemos que en el campus nos cuidamos y que al hacerlo aprendemos nuevos hábitos de relacionamiento ante la realidad. Somos el lugar donde se aprende a vivir. Resignificamos el campus universitario como laboratorio y experiencia. Todo, de la mano de estudiantes, profesores y empleados, quienes con nuevos hábitos siembran confianza en su entorno y llevan estas prácticas a otros espacios de ciudad.

El barro (iii) **

*“El barro sueña rostros, la greda piensa vasos
y palomas, la tierra entera, amigos, llama
a los alfareros, para que la acaricien y descifren
su sueño y su memoria”*

Carlos Castro Saavedra. Alfareros, fragmento.
Elogio de los oficios.

Afuera llueve. Moldeo el barro con mis manos, busco conectarme con la creación o, cuando menos, con algo que se parece a un oficio. En la alfarería, en la cerámica, en las decisiones, en la educación, el proceso importa. Los proyectos y decisiones hay que amasarlos con cuidado, ni muy poco ni demasiado. Para crear un cuenco debe antes imaginarse, debe también arriesgarse un trozo de barro para hacerlo aparecer.

Esto es una suerte de acto filosófico, una filosofía mundana y cotidiana que nos permite crear. Intuir el mundo, su historia y su futuro.

Referencias

- Castro Saavedra, C. (Año). Alfareros, fragmento. *Elogio de los oficios*. Ciudad: Editorial.
- DANE. (2021). Encuesta Pulso Social. Febrero de 2021.
- IDEAM (2021). Resultados del monitoreo deforestación. Primer trimestre año 2021. Recuperado de http://www.ideam.gov.co/documents/10182/113437783/Presentacion_Deforestacion2020_SMByC-IDEAM.pdf/8ea7473e-3393-4942-8b75-88967ac12a19
- Morin, E. (2020). *Cambiamos de vía: lecciones de la pandemia*. Barcelona: Paidós.
- Pareja, D. (17 de abril de 2017). Estas son las razones de la caída histórica de homicidios en Medellín. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/medellin/caida-historica-de-muertes-violentas-en-medellin-78542>
- Portafolio. (25 de marzo de 2021). *2,4 millones de hogares ya no comen tres veces al día*. Recuperado de <https://www.portafolio.co/economia/dane-2-4-millones-de-hogares-ya-no-comen-tres-veces-al-dia-en-colombia-550416>
- Programa Ambiental de las Naciones Unidas (2021). *Are We Building Back Better? Evidence from 2020 and Pathways for Inclusive Green Recovery Spending*. Recuperado de <https://www.unep.org/resources/publication/are-we-building-back-better-evidence-2020-and-pathways-inclusive-green>
- Restrepo, C. (marzo de 2021). *¿Qué hemos aprendido? Imaginar la Universidad*. Universidad EAFIT. Recuperado de <https://www.eafit.edu.co/noticias/imaginarlauniversidad/2021/que-hemos-aprendido>

